



EL VESTUARIO FEMENINO

Júlia Lopes de Almeida

Traducción de María Salio Fernández y Ana Vázquez Fernández

Coordinación y revisión de la traducción: Rebeca Hernández

Es una extravagancia muy común entre las señoras intelectuales vestir abrigo, chaleco y cuellos masculinos al presentarse en público, intentando confundirse con el aspecto físico de los hombres, como si no les bastara con las aproximaciones igualitarias del espíritu.

Ese desdén de la mujer por la mujer hace pensar que, o las ignorantes creen, como los hombres, que la mentalidad de la mujer es inferior, y que siendo ellas la excepción de la gran regla pertenecen más al sexo fuerte que al nuestro, fragilísimo; o que eso revela apenas propósito de despropósito.

Sea lo que sea, ni la moral ni la estética ganan nada con eso. Al contrario; si una mujer triunfa pese a la mala voluntad de los hombres y de las leyes, pese a los prejuicios del entorno y de la raza, todas las veces que la llamen a su puesto de trabajo, con tanto dolor, tanta esperanza y tanto susto adquirido, debe ufanarse en presentarse como mujer. ¿Sería eso un desafío? No; a toda la gente le parecería naturalísimo que una mujer se presentase en público como todas las demás.

Basta con ver una revista feminista para encontrarnos en seguida con muchos retratos de mujeres célebres, cuyos trajes, chalecos y cuellos masculinos parece que quieren mostrar al mundo que ahí dentro hay un carácter viril y un espíritu de atrevidos impulsos. Cabellos sacrificados a las tijeras, solapas (¡sin flor!) de abrigos oscuros, faldas rectas y tristes, afean cuerpos que la naturaleza ha esculpido para los altos destinos de la gracia y la belleza.

Los cuellos tiesos, las camisas de pecho plano dan a las mujeres una línea poco sinuosa y forzada, ya que está disfrazada.

Médicas, ingenieras, abogadas, farmacéuticas, escritoras, pintoras, etc., por amar y dedicar su vida a las ciencias y a las artes, ¿por qué han de desdeñar totalmente la elegancia femenina y buscar en los figurines de los hombres la expresión de su individualidad?

Hay ciertas mujeres, hemos de admitirlo, a las que se les perdona la adopción de los tristes trajes masculinos, porque para ellas no se trata de una cuestión de estética, sino de necesidad incontestable: las exploradoras, por ejemplo.

A estas, las faldas les impedirían caminar y saltar en el laberinto enredado de las lianas, entre todos los obstáculos de las florestas erizadas con espinas y zanjas que hay que sortear.

Los pantalones gruesos y las altas polainas no son para ellas, por tanto, un objeto de fantasía, sino de comodidad y seguridad. La tela ondulante del vestido se les engancharía constantemente en los troncos y en las arestas del camino, y cuando estuviera mojada pesaría como si fuera plomo.

Por exigencias de comodidad en el trabajo, también escultoras y pintoras recurren muchas veces a vestirse de esta forma, pero solo cuando realizan obras de grandes dimensiones. Los pantalones facilitan así las subidas y bajadas de los andamios y escaleras.

Rosa Bonheur, nos cuenta uno de sus biógrafos, sorprendida en su *atelier* por la noticia de que la emperatriz Eugenia entraba en su casa para otorgarle la Legión de Honor, se vio en la situación de tener que ponerse aprisa los trajes de su sexo para poder recibir respetuosamente a la soberana.

Solo de puertas adentro, ella abusaba de esas incursiones en el ámbito ajeno para poder moverse con libertad; pero cuando que la artista era buscada por extraños, se presentaba como mujer.

En las ciudades, sobre el asfalto de las calles o en la arena de las alamedas, no sabemos verdaderamente a qué razón apelar cuando vemos, ceñidas a cuerpos femeninos, esas vestimentas híbridas compuestas por faldas de mujer, chalecos y abrigos de hombre... Ni tampoco es fácil entender el motivo por el que, en vez de en la cinta suave, estas señoras prefieren embutirse en un cuello cubierto de hierro ¡y duro como un cartón!

El texto original “Vestuário feminino”, de Júlia Lopes de Almeida se encuentra publicado en

Livro das Donas e Donzelas (1906)

Disponibile en <http://dominiopublico.gov.br/>

Imagen: Fotografía de Nelly Bly, que en 1889 dio la vuelta al mundo en 72 días

En: <http://www.nwhm.org/online-exhibits/youngandbrave/bly.html>